

á implorar con confianza el socorro de Dios, de la Santísima Virgen y de los Santos. Mi Superiora me hizo examinar varias veces por el médico de casa, quien recetaba para mí mil diferentes medicinas, pero todo sin conseguir ningún resultado favorable. En este estado de sufrimiento pasé desde el 15 de Agosto de 1884 hasta los primeros días de la semana de Pasión de 1885, en que nuestra muy honorable Madre me hizo muchos y terribles cargos por mi desobediencia en no haber recurrido á la protección del venerado Siervo de Dios el Sr. Claret, como ya me lo había hecho presente en muchas otras ocasiones. Mas esta vez me hicieron grande impresión sus amenazas, principalmente por el temor que me infundió de que, si no obedecía, ella pediría á este gran amigo de Dios que aumentara mi mal.

„Sumamente conmovida, pues, tanto por lo que me había dicho cuanto por lo mucho que yo sufría, fui al coro á postrarme á los pies de la Santísima Virgen, pidiéndole con todo el afecto de mi alma me alcanzara una verdadera confianza en el poder que en el cielo tiene su gran devoto, el Sr. Claret, para cumplir con obediencia ciega lo que nuestra muy digna Madre me había ordenado. Ofrecí á mi divina Madre, María, este acto de obediencia, y en el mismo instante, aun antes de haberme levantado de sus pies, sentí en mi corazón aquella confianza que tanto había solicitado hacia este buen Padre y Protector nuestro, pues me parecía verlo en el cielo lleno de gracia y hermosura. Sin detenerme ya un punto, empecé á hacerle mis súplicas con una completa seguridad de conseguir el favor tan deseado, y en seguida me fui á mis ocupaciones sin preocuparme más de mi enfermedad.

„Llegada la hora de Vísperas y Completas, nos dirigimos al coro, como de costumbre, y allí ¡cuánta fué mi admiración y pasmo al oír las voces claras y hermosas de mis Hermanas, que rezaban el Oficio divino! Las oía tan claramente que me asustaban, y, creyendo encontrarme en otra parte, me preguntaba á mí misma por tan extraña novedad. Sentía grande contento; pero todavía no me era posible creer que había obtenido mi curación. Trataba de hacer pruebas para salir de mi engaño; mas llegando á la recreación de la tarde, oí á las Hermanas que estaban cerca de mí con todo el metal de su voz; pero siempre dudando de mi felicidad, no creía lo que

sentía... Me decía á mí misma: — Si oigo á nuestra Madre que está al otro extremo del lugar de la recreación, entonces creeré que estoy enteramente curada; y pensando esto oigo al instante el metal de su voz, tan bonita, y que no oía hacia ya ocho meses, ni aun cuando estaba muy cerca de ella.

„Desde esa tarde hasta el presente, 13 de Marzo de 1886, me hallo perfectamente sana. = *Sor Maria Margarita*, Religiosa de Caridad del Buen Pastor.„

La Superiora del Colegio termina la relación de las gracias en él obtenidas por intercesión del Siervo de Dios con este hecho curiosísimo y gracioso. “En el año de 1884,— dice,— causaban gran perjuicio los ratones en la despensa, rompiendo los cajones y sacos de los comestibles, y aumentándose de día en día los perjuicios que nos causaban con sus visitas nocturnas, sin que fueran parte para impedirlo todos los medios humanos, como trampas, venenos, etc.; crecía nuestro cuidado al ver que disminuía lo que debía servir, según nuestra vocación, al sustento de aquellas personas que, oyendo los amorosos silbidos del Buen Pastor, se recogen en esta santa Casa.

„Siendo, pues, yo testigo ocular de esta verdadera plaga, de la cual no era posible vernos libres, concebí una rara, pero feliz inspiración, de hacer colocar allí un retrato del venerado Siervo de Dios, el Ilmo. Sr. Arzobispo Claret, con una completa seguridad de conseguir el deseado favor. No fué vana mi esperanza, pues desde este día, como por encanto, desaparecieron enteramente aquellos animales.

„Algún tiempo después, por ciertos arreglos indispensables, nos vimos precisadas á ocupar otra pieza para colocar en ella granos de varias clases, y aquí nos sucedió otro tanto, sufriendo también grandes perjuicios. Luego nos acudió la idea del retrato de nuestro venerado Protector. En efecto, lo pusimos y obtuvimos el favor deseado, pero con la diferencia que esta vez no desaparecieron los ratones, antes al contrario, aumentaron en número, según parece, pues teníamos que asear la pieza todos los días á causa de las muchas señales que dejaban, sin que por esto nos causasen ningún perjuicio. También acaecía que, si á deshora ó durante la noche, por un caso no esperado, las Hermanas encargadas entraban en dicho aposento, se hallaban con un sinnúmero de aquellos animales,



que chillaban horriblemente, con lo cual las Hermanas se afligían pensando que al día siguiente verían los daños que naturalmente debían ocasionar. Sin embargo, tanto esas Hermanas como yo fuimos testigos de lo contrario, porque observamos al otro día que no había deteriorado absolutamente nada; pero si algún día quitábamos el retrato, volvían á causar los mismos perjuicios, y, colocándolo de nuevo, experimentábamos la misma protección.

„Siéndonos imposible enumerar las muchas y señaladas gracias que esta Comunidad debe á la especial protección del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Antonio María Claret, nos limitamos á decir, en resumen, que cada una de nosotras le reconoce por su Protector y Padre. Con mucha confianza recurrimos á él, ya sea para obtener alguna virtud, ya para alcanzar la tranquilidad de espíritu ó el remedio de cualquiera otra necesidad espiritual ó temporal, y hemos experimentado siempre su visible protección, pudiendo asegurar muchas de nosotras no haber jamás recurrido á él en vano, aun en los casos más arduos y difíciles que se encuentran en el cumplimiento de nuestro cuarto voto.„

4. No fueron las Religiosas del Buen Pastor las únicas que en la República de Chile experimentaron la visible protección del Sr. Claret. Muchísimas otras personas alcanzaron gracias tan extraordinarias y aun más admirables que las que quedan referidas. He aquí las declaraciones que han hecho las mismas agraciadas.

*Doña Margarita Zumarán.*—“Rdo. Padre: Con el debido respeto tengo el honor de hacerle presente un favor extraordinario que el Ilmo. Sr. Claret me ha conseguido el 29 de Noviembre del presente año, y es el siguiente: estando comiendo se me atajó un hueso bastante grande en la garganta; se hicieron todos los esfuerzos del caso, me pusieron los brazos en agua fría á ver si con la impresión me hacía efecto; en seguida me pegaron, con bastante fuerza algunas veces, en la parte de atrás del pescuezo; tenía el hueso de tal manera atravesado que me impedía la respiración, se me clavaba y me dolía en extremo, me venían con mucha frecuencia arcadas y me era imposible arrojarlo ni tragarlo. Probé también con miga de pan á ver si pasaba el hueso, y no produjo ningún resultado; en seguida yo perdí el sentido y mi familia dice que se siguieron á esto con-

vulsiones y desfallecimiento general, de que yo no me di cuenta. Viéndome en este estado, una parte de mi familia había salido en busca de médico, y otra de mis hermanas, de las que se encontraban á mi lado, considerando el caso ya perdido, y como último recurso, pide la reliquia del Sr. Claret, que consiste en un pedacito de sotana de este ilustre Siervo, me lo aplica inmediatamente á la garganta, según me dice mi hermana, porque yo de nada me daba cuenta; principian á rezar las tres Avemarias; en la segunda estaban cuando me preguntó que sentía, y en ese momento sentí que el hueso me había pasado; principieron á volverme las fuerzas, pude hablar, y poco rato después comí, me sentí otra, de manera que en la noche fuí á la iglesia con mi familia á dar gracias á Dios por el favor que me había dispensado librándome de una muerte tan segura, como lo creo yo y mi familia, que me ayudaba hasta á bien morir. Lo que siento es no tener palabras suficientes para demostrar mis sentimientos, como también mi gratitud, á su Santo Fundador, y en prueba de ello estoy dispuesta á declarar lo sucedido cuando fuere necesario y adonde me lo indiquen, porque esto para mí es un gran milagro (1).„

*Doña Eloisa Novoa.*—“Estimo como un deber de gratitud hacia el Sr. Claret el declarar un hecho palpable que ha obrado en mi favor. Sintíendome una noche con un dolor en la lengua que me molestaba grandemente, la tenía hinchada, llena de ampollas blancas, hasta el extremo de no poder hablar, y temiendo que el mal adquiriera un carácter más grave y alarmante, me encomendé al ilustre Siervo de Dios Sr. Claret, de quien ya conocía hechos portentosos. En efecto: momentos después desaparecía de mi lengua todo malestar y volvía la tranquilidad de mi espíritu, sin haber tenido después el menor contratiempo. Deseando que este hecho sobrenatural, á mi juicio, no quede en silencio, hago esta declaración por escrito para los fines á que haya lugar (2).„

*Doña María Florencia Salazar.*—“Padeciendo,—dice Doña María Florencia Salazar,—de una enfermedad complicada, pero sobre todo sufriendo mucho del corazón, me apliqué una reliquia del Ilmo. Sr. Claret, y al momento sentí un bienestar

(1) Carta del 7 de Diciembre de 1885.

(2) Declarado en Santiago de Chile, 21 de Septiembre de 1885.



tan grande que me ha mejorado notablemente. Además he recibido una gracia espiritual, y noto con mucho consuelo que cuando siento algo me aplico la misma reliquia y siempre experimento una conmoción tan agradable, imposible de explicar, quitándome al momento cualquiera enfermedad que me ataque (1).»

*Doña Carmen Salinas y Doña Francisca Román.* — «Habiendo sufrido más de tres meses de dolor en un pie,— dice en su declaración Doña Carmen Salinas,— acompañado de un ardor desesperante, y no encontrando alivio alguno, recurrí al Ilmo. Sr. Claret, suplicándole me quitara ese dolor tan terrible y le prometí rezarle durante quince días seguidos un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, y en el momento quedé buena y sana, desapareciendo todo tan pronto como le hice la promesa, y desde entonces no me ha vuelto más la enfermedad, y ya hace seis meses que recibí este favor.

„También á principios de Agosto del presente año (1885) recibí otra gracia del Ilmo. Sr. Claret en la persona de mi sobrina Francisca Román, de veinticinco años de edad, y es la siguiente: que de resultas de haberse mojado mucho en días de lluvia y haber tenido que lavar en la humedad por estar el piso mojado, se encontró una noche con un dolor de cabeza terrible, los ojos colorados, dolor á los brazos, espalda y cintura, el cuerpo á plomo, el estómago revuelto; en una palabra, creíamos eran los síntomas de la peste, y esto con fundamento, por encontrarse en el mismo conventillo donde viven los apestados y haber pasado algunas veces cerca de sus habitaciones; así es que ella tenía mucho susto de que le brotase la peste; en esta gran aflicción, cuando temía verla amanecer atacada de esta espantosa enfermedad, tuve el consuelo de verla buena y sana, y levantarse temprano á lavar y hacer su trabajo como de costumbre, sin más que haberse encomendado al Ilmo. Siervo de Dios rezándole tres Padrenuestros y tres Avemarias.

„Últimamente le dió á mi sobrina una gran indigestión con un dolor de estómago horrible; pero como pudo se enderezó y le rezó al Sr. Claret tres Padrenuestros y Avemarias y se quedó dormida sin haber tomado absolutamente nada; desper-

(1) Declaración hecha en Santiago de Chile, Septiembre de 1885.

tó sin dolor alguno y ha continuado buena. Desde que hemos recibido estos favores, mi sobrina y yo le rezamos diariamente, y en todos nuestros trabajos recurrimos á él, recibiendo siempre su protección (1).»

*Doña María Simona Alvarez.* — «La que suscribe, á consecuencia de muchos padecimientos morales y físicos, me encontraba reducida á la situación más desesperante; no podía dormir, comer ni contraerme absolutamente á nada; ni aun confesarme podía. En tan lamentable estado, me dió una caída de un carrito (urbano), lo que aumentó considerablemente mis padecimientos; á más de lo machucada con el golpe, que me redujo á un estado de no poder andar, se me hizo una hinchazón muy peligrosa y me dió un dolor en una rodilla de mucho cuidado.

„Encontrándome agobiada de dolor y angustia recurrí al Ilmo. Sr. Claret al tiempo de acostarme y sin haberme aplicado ningún otro remedio; al otro día amanecí sin la hinchazón ni el dolor á la rodilla, y también he recobrado el sueño y el apetito, y la tranquilidad ha vuelto á mi espíritu, y aun cuando no han cesado las causas de mis padecimientos (se entiende, morales), tengo resignación y conformidad con la voluntad de Dios. Estando muy reconocida al Siervo de Dios por las gracias que me ha alcanzado, como prueba de mi gratitud doy el presente certificado para los fines que haya lugar. = *María Simona Alvarez* (2).»

*Doña Evarista Diaz.* — Evarista Diaz declara haber recibido del Ilmo. Sr. Claret la gracia siguiente: «Encontrándome enferma desde hace un año, más ó menos, del pulmón, sufría mucho con un dolor tan fuerte y unas picadas terribles, de tal manera que me impedía conciliar el sueño, y cuando deseaba darme vuelta en la cama, me parecía que se me deshacía el pulmón; me daba una aflicción muy grande al corazón del mismo dolor, y á veces se aumentaba acompañado de fiebre, y lo que más me atormentaba era la mucha sangre arrojada constantemente algunos días, y otros en el desgarró; cuando me venía la sangre de golpe casi me ahogaba; no podía estar sentada, de pie ni acostada, del dolor.

(1) Declaración hecha en Santiago de Chile, Septiembre de 1885.

(2) Certificado del 7 de Enero de 1886.



„El doctor me había privado el trabajo; pero yo, obligada por la necesidad, lo poco que hacía era gran sacrificio; nadie creía que yo pudiera mejorarme.

„Hace como dos meses que me apliqué en este estado de gravedad la reliquia del Ilmo. Sr. Claret, y, gracias á Dios, desde entonces me he sentido tan mejorada, que trabajo bastante: lavo, plancho y coso días enteros, y no me ha vuelto la sangre absolutamente nada, ni el dolor al corazón, y duermo bien. No habiendo tomado remedio alguno desde que me apliqué la reliquia, creo que ha sido milagro del Siervo de Dios mi notable mejoría, y como prueba de mi gratitud doy la presente declaración.

„Certificado del médico.—*Dr. Temistocles Reyes.*—Certifico: „Que Evarista Díaz tiene sus pulmones en un estado muy „satisfactorio, habiéndose disipado casi en totalidad el mal estado de ellos.—*Dr. T. Reyes.*„

*Doña Elvira Alvarez.*—En 13 de Mayo de 1886 escribía un testigo, Padre de nuestra Congregación, desde Curicó refiriendo este admirable suceso: „Una señora se ha presentado á entregar una manda de cinco pesos á favor de nuestro Padre Fundador, por haber conseguido la salud del modo siguiente: Doña Elvira Alvarez, hallándose desahuciada de cuatro médicos, acudió al cielo prometiendo cinco pesos á nuestro venerado Fundador, poniéndose al mismo tiempo reliquias del mismo Padre; muy pronto, á los diez minutos ó antes, se hallaba restablecida. Los médicos al verla quedaron pasmados, sin saber qué decir de una curación tan repentina. Como yo la había confesado enferma, habiéndose agravado muchísimo después de confesada, me lo refirió, todo llena de contento, diciéndome que publicaría por todas partes el milagro para animar á todos á la confianza en el venerado Fundador. Grande es el deseo que tengo de que se repitan los prodigios, á fin de que la Santa Sede lo ponga á su debido tiempo en el catálogo de los Santos.„

*Doña Carmela Díaz.*—„Aunque sé,—escribía esta señora al Rdo. Antonio Molinero, de nuestra Congregación,—que ya está impuesto de mi curación prodigiosa, que puedo decir con confianza la he alcanzado por medio de la intercesión del ilustrísimo Sr. Claret, creo que sería faltar al reconocimiento si no lo hiciera yo misma.

„Hace doce ó más años que sufría varias enfermedades, de las que una de ellas me hacía padecer mucho más que la del estómago, por cuanto me afectaba la parte moral, sintiendo que mis padres gastaran sin provecho alguno; esta enfermedad, que creo no poderla explicar por escrito, me hacía tener momentos desesperantes.

„Padre, quiero decirle lo que he sentido en los últimos ocho meses que me he curado sin interrupción. El primer médico que vi fué á David Trías; en este tiempo todo lo que comía lo arrojaba; me prohibió todo alimento, no permitiéndome sino un poco de caldo dos ó tres veces al día. Pasé así como un mes, tomando sus remedios sin conocer ninguna mejoría; además me hizo dar treinta baños de ducha. No tomé más sus remedios, pero seguí como cinco meses con una dieta muy estricta, y cuando cansada con el caldo tomaba otra cosa, era peor.

„Mi papá, viéndome en este estado, me dijo: „En lo que yo „gastaría, y como último remedio, sería en el lavaje del estómago; esto lo he visto en los diarios, citando hechos sorprendentes, y creo que será el único remedio que tienes.„ Esto me lo decía porque él había visto que ningún remedio me sujetaba los vómitos, y varias veces le oí decir que „si llamaba „médicos lo hacía nada más para que me vieran, pero que por „él más bien me dejaran morir sin tomar tantas medicinas.„ En esto tenía razón, porque varios médicos le habían dicho que mi enfermedad era incurable, puesto que el principal mal estaba en la otra enfermedad. Hubo veces en que me dijo: „Porque quieres sufres, hay medios que te sanan.„, y aun quiso obligarme á que obedeciera á los médicos; pero yo sabía que nadie podía obligarme y contesté: „Estoy dispuesta á morir antes que ceder.„

„Algunos años pasé así: á veces veía boticarios, esto lo hacía oculto de casa, y pidiendo remedios nada más que para el estómago. Como mi papá estaba convencido de que tomar remedio era peor, insistía en el lavaje, con la esperanza de que mejoraría un poco. Al principio no quería por nada, y aun creía imposible el poderme resolver, pero siguiendo mucho peor y reflexionando y consultándolo, y tomando en consideración los años que padecía y hacía sufrir, porque me habían dado ataques que había pasado tres meses en cama, y con la



esperanza de poder ser Religiosa, me resolví á hacerlo como último remedio.

„Ignoraba, Padre, lo que Nuestro Señor me iba á conceder mediante la intercesión del Ilmo. Sr. Claret.

„Vi al Dr. Dallera, le referí toda mi enfermedad, le dije algo de la opinión de algunos médicos sobre la otra enfermedad: él me dijo: “Yo la sano con diez lavados, y al segundo ya Ud. no vomitará más.” Al día siguiente me lavó el estómago (cosa terrible fué); casi me ahogó, porque consistía el tal lavatorio en introducir por la boca un tubo de goma del grueso de un dedo y de una vara de largo, echándome al estómago como medio lavatorio de agua; mientras tanto me tenía sujeta el practicante y me hacía reprimir con fuerza las arcadas; esto era lo más terrible, porque casi me ahogaba. Después de haberme sacado toda el agua, me dijo: “Desde ahora no va á tomar nada líquido, y únicamente puede comer un pedazo de carne fiambre dos veces al día y con bastante sal.” Así lo hice; pero me vino una sed inaguantable, y mi papá me decía: “Lo único que puedes hacer es tomar agua en la boca, porque hay que cumplir lo que diga el médico.” Seguí el régimen y los remedios sin otro alimento que la carne; era tanta la estrechez, que á veces le pedía me permitiera comer una galletita, y me decía: “Le hace mal.” Efectivamente: hubo vez en que hice la prueba con dos galletas de China, y fué lo bastante para que me volvieran las arcadas. Así he pasado unos dos meses; en los últimos lavados notaba algo de mejoría, pero no recuerdo haber pasado cuatro días sin arcadas. El último lavado me lo hizo el 29 de Abril, y me dijo: “Ya puedes comer algunas verduras finas, como porotitas verdes.” Yo le dije: “¿Un pedacito de sapallo?” Me dijo: “Bueno.” En este mismo día caí gravemente enferma; los vómitos eran continuos y de un ácido como limón agrio; un dolor de cabeza que no podía ni aun abrir los ojos; cómo sería la gravedad, que al día siguiente deseaba hacer mi última confesión. Me encontraba en casa de una amiga, señora Amalia Ruiz, y me había dicho antes: “Carmela, encomiéndose al Sr. Claret,”; pero antes sentí como un fastidio, y no creía que sería tanto, pero, luchando conmigo misma, lo hice sin nada de fe. Al día siguiente avisó mi buena amiga á mi mamá el estado en que me encontraba; vinieron inmediatamente, y se

sorprendieron al verme en ese estado de postración. Mi papá se fué á ver á Dallera, y cuando me vió, me dijo: “¿Qué ha comido Ud. cuando ya estaba tan mejor?” Escribió una receta, y dijo: “Con esta toma se mejorará bien pronto.” La tomé, pero la arrojé al momento. Volvió al día siguiente: yo notaba que se confundía; en una visita dejó unas cápsulas con morfina; éstas, cuando las tomaba, sentía que me quemaban adentro, y como eran dos ó tres las que me daban á la vez, las arrojaba algunas enteras y otras deshechas. Sintiéndome tan mal, le dije: “En otros ataques me han puesto cáusticos al estómago y al hígado.” Contestó: “Ahora no se puede, porque está sumamente débil; le dejaré tintura de yodo, la ponen tres veces al día, y sigan con las cápsulas.” Éstas tenían también yodo. Como siguiera peor, se resolvió á hacerme el lavado; me lo hizo con salmuera; cuando vió la sangre, dijo: “Es una úlcera redonda al lado de la espalda.”

„Siguiendo cada día peor, mi papá deseaba llevarme para casa, y veía por otra parte que los desvelos y cuidados se aumentaban por momentos; por no molestar más, resolvieron llevarme como pudieran; se le consultó al doctor, y dijo que se esperara dos días más, pues en vez de mejorar, el mal se aumentaba rápidamente; ya llevaba siete días de continuos vómitos, y se hizo preciso sacarme de la cama para llevarme como se pudiera; me visten y me toman entre dos, porque yo no podía tenerme por mí misma. Llegada la hora de mi partida, me sentí muy impresionada, y le pedí á mi amiga que fuera á verme en seguida; yo creía que pocos días me quedarían de vida, y no quería estar sin ella; me prometió hacerlo.

„Cargada me llevaron al coche; llegando á casa, que sólo hay dos cuadras, me sentí mucho peor, porque me vino un tos y una punzada á la espalda; se conoció que me hizo mucho mal la traída. Seguía asistiéndome el mismo médico, y también me dijo mi papá: “Mejor sería no tomar nada,”; pero las fatigas eran muy seguidas. Hice mi confesión como para morir; en la noche me sentí muy mal, temí morir; hablé á mi mamá para hacerla un encargo, pero no pude hablar, y le pedí que me sentaran en la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen; lo hicieron al otro día.

„Mi papá se vió con un amigo, Sr. Manuel Domingo Ugarte, y le refirió que tenía una de sus hijas á la muerte; le pidió



este caballero que me hiciera ver por el doctor Groner, que para él era un sabio. El doctor vino, me vió el día 9, día en que por la mañana había recibido todos los Sacramentos necesarios para cuando se acerca el momento terrible de la muerte. Con la fuerza y virtud de estos Sacramentos conocí mejoría para mi alma, cual es el efecto que producen.

„Á las diez de la mañana me examinó por primera vez el médico y me encontró en el último grado; opinó todo lo contrario del otro médico, y no quería hacerse cargo porque le habían llamado cuando ya estaba en ese estado. Se le exigió, y le dijeron que, aunque fuera fatal el resultado, se hiciera cargo: él siempre insistía; me hizo un examen muy prolijo, muchas preguntas me hacía, pero casi no podía contestarle y mucho menos abrir los ojos; me remecía la cabeza creyendo que estaba dormida, quitó todo alimento, sólo dejó unos papeletos que me afebraron mucho, y que no tomara sino un poco de leche mezclada con agua de Vichy. Todo era inútil, y esta leche me hacía trabajar y molestar el estómago, porque ya no tenía fuerzas para arrojar la leche, que parecía dividirse del agua.

„En la segunda visita quitó los papelillos y disminuyó la cantidad de la leche á una cucharadita chica cada dos horas y siempre mezclada; pero todo daba el mismo resultado: esto era el domingo. En la tarde vino la Madre Marta con la Hermana Vicenta y otra Hermana más; me dijo la Madre: „Usted „se muere.“ Y me dió á besar el crucifijo, que tenía indulgencia plenaria para la hora de la muerte, añadiendo: „He ofrecido „por Ud. la comunión de esta mañana... bien pronto nos veremos en el cielo,“; y se fué, después de haberme dicho algunas palabras de consuelo.

„Como me sentía peor y mi amiga Amalia fuera á verme en la noche, le dije: „Deseo que Ud. se encuentre aquí en mis „últimos momentos.“ Me lo prometió y agregó algunas palabras de aliento. El lunes amanecí lo mismo ó peor; entró una amiga, y me dijo: „¿Cómo se siente?“ Le contesté y con trabajo: „Pida á Nuestro Señor que tenga buena muerte,“ y no pude hablar más, porque me vinieron arcadas; pocos momentos después llegó mi amiga, la hice seña que me diera un poquito de leche, pero no podía tragarla sin que me sostuviera la cabeza, y las fatigas eran seguidas. Serían las tres y media

de la tarde cuando, en un momento, la angustia y la desesperación, junto con una fatiga, hago recuerdo de la reliquia que tenía mi cuñado, y le digo á mi hermana: „Tráeme la reliquia „del Sr. Claret,“: luego que me la trajo me la apliqué al estómago haciéndome una cruz con ella, rezando, no me acuerdo si con los labios ó con el corazón, tres Avemarías, y pidiéndole que por el amor que había profesado á la Santísima Virgen me alcanzase tranquilidad y conformidad para morir, ó una pronta mejoría; pero que pudiera decirse y conocerse que era milagro de él. En aquel momento estaba con arcadas y me sostenía una de mis hermanas; llegó después el doctor y me dijo: „Siempre con arcadas,“ Yo le dije: „Sí, y ya no tomo más „leche, porque es peor, ó sería que no me gusta.“ Y él me contestó: „No es porque no le guste, sino que su estómago está en „tal estado, que ni aun esto le permite.“ Pero ya tenía fuerza para hablar, y le dije: „Me acabo de encomendar á un Santo, „y creo que voy á poder comer algo,“ Me dijo: „Esto sería „muy bueno; haga Ud. la prueba con un pedacito de ave,“; y dejó vino de Peptona y agua mineral. Yo seguía apretándome la reliquia. Al tiempo de irse, dijo: „Abran las puertas para „que entre otro aire, y denle lo que ella pida,“ Supe por mi papá que en ese mismo día se había visto con el Sr. Ugarte, y le dijo que ya era un cadáver, y que no había esperanza. Como á las cuatro de la tarde siento una fuerza admirable; me siento y pido caldo; como no me quisieran dar del caldo común, pedí que me asaran carne; luego me la trajo una de mis hermanas, y me dijo: „No la tragues, sino tómala el jugo,“ Pero yo me la comí casi toda y medio pan. Cosa admirable fué que con todo esto no me volvieron las arcadas; pero ya no obraba un sabio médico, sino un gran Santo del cielo. Parece que mis fuerzas las había recobrado como nunca; me siguió el apetito y apresuraba á que me dieran luego comida.

„Como á las seis y media llega Amalia con su compañera, que me traían el cuaderno de ayudar á bien morir; les dije apenas las divisé: „Estoy buena, y en prueba miren cómo me „siento; mañana me levantaré, y el jueves, que es el día de la „Ascensión del Señor, iré á Misa,“

„Esto lo dije porque yo misma creía que podría estar algo débil. Me seguía el apetito y pido que me vuelvan á dar alimento; me traen una taza de sopas con presas, jugo y un pan;



todo me lo comí, y si no hubiera sido tan tarde, me hubiera levantado. Pasé como una hora reparando mis fuerzas, conversaba y llamaba á todos para que admiraran semejante prodigio. Á la hora del té, que serían como las diez, pido que me traigan una taza, y como no venía llena hice que la llenaran con la misma leche que me daban en el día; mi hermana no quería dármele; me la tomé toda con medio pan. Todo esto no me bastaba y me pareció que en la noche iba á sentir necesidad; pregunté si había presas para comer á media noche; me dijeron hay, pero están duras. "No importa,—dije,—déjenme algo „no más.„ Recé un poco y me vino un sueño tan agradable que desperté á las seis; después pensé luego en la presa y me la comí con un pan, un poco de vino y un vaso de agua. De-seosa de sentir bulla y ver á las personas que el día antes me habían visto moribunda, apenas llegaban les decía: "¡Miren „qué gran milagro!„ Pedí que me trajeran la ropa para levantarme; antes de vestirme almorcé, era temprano, pero me trajeron un plato de sopa, un *beefsteak* grande y tres presas de ave; me llega á dar vergüenza, Padre; pero era natural, porque hacía trece días que mi estómago estaba sin alimento. Me vestí sin necesitar la menor ayuda; yo no me imaginaba estar tan buena.

„Al día siguiente, bien desayunada, me fui á la iglesia del Inmaculado Corazón de María; después de haber dado gracias á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen y á mi Santo bienhechor, quise ser vista por Ud., Padre; pero no estaba, y preguntamos por el P. Francisco. Salió y le dije: "Mire, Padre, „cómo estoy.„ El Padre me había confesado cuatro días antes. Contentísima me fui para casa; iba por la acequia grande, y divisó el cupé del médico: aligeré el paso para darle una sorpresa; lo encontré en el patio, preguntando dónde me habían puesto; le dijeron que había salido; entonces me presenté por delante, diciéndole: "¿Qué le parece, señor; recuerda cómo me „dejó?„ "Sí.„ "¿Me podría dar Ud. un papel en que diga el estado en que me dejó el lunes?„ Sin pensar, dijo: "Sí.„ Pero le fui á decir: "¿Recuerda que le dije me he encomendado á un Santo? „Pues él me ha sanado.„ Con esto cambió, y se notó en su semblante, y me dijo: "Ahora conozco su enfermedad: es histérico.„ Le dije: "No, señor, estoy segura que no es histérico.„ Antes de irse, me dijo: "Dichosa de Ud. por su fe: no puedo negar

„que haya tenido parte su Santo.„ Después me dijo: "¿Alcanzó „usted á tomar del agua que le dejé?„ "No,—le dije,— porque „comí luego que Ud. se fué.„ De casa se fué donde el Sr. Ugarte y le dijo: "Vengo admirado: la enferma sanó, no sé cómo.„ Esto se lo dijo el Sr. Ugarte al Rdo. León, jesuita.

„Después de haber almorzado bien, me fui con una de mis hermanas donde estaba la Madre Marta; la encontramos y le dije: "¿Qué le parece Madre, qué es esto? El Sr. Claret me ha „hecho este milagro—la dije interrumpiéndola—y le referí „cómo había sido.„ La Madre me dijo: "No puede ser de otra „manera. Yo la creía ya muerta, y estoy dispuesta á probar „que la he visto moribunda.„ Después fuimos á tomar los carritos para irnos donde Dallera. Vive en altos, y el subir no me atemorizó. Llegando, le dije el milagro y le pedí un certificado; me lo dió, pero no como él debía hacerlo, porque á su señora le había dicho: "La enferma á quien lavaba el estómago, debe haber muerto.„ Esto se lo dijo la señora al practicante que me sostenía cuando me hacía los lavados. Yo creo que como protestante, igual á Groner, tal vez no lo podrán hacer. Cuando me venía me dijo: "Absténgase de comer cosas „pesadas, y mucho menos sapallo.„ Pues lo he comido varias veces, y muchas otras cosas más pesadas, y he seguido desde ese día comiendo la comida común, sin privarme de nada, sin que me hayan repetido los vómitos.

„El día que salí lo aproveché bien; mi mamá estaba asustada por la tarde, temiendo me fuera á hacer mal; llegando, la dije: "No tema nada, y déjeme irme á confesar, para tener la „dicha de comulgar mañana.„ Así lo hice, sin sentir nada. Excusado me es decirle cómo me siento hasta ahora; no recuerdo que desde hace muchos años haya sentido un bienestar como al presente. Puedo estar hincada todo el tiempo que quiera, lo que antes á los cinco minutos ya no podía más y tenía que sentarme. No sé, Padre, cómo decirle lo que era y lo que soy; sólo un milagro, que jamás me lo imaginaba, me tiene en este estado.

„Lo que deseo ahora es que Nuestro Señor me dé su gracia para vivir reconocida á este singular favor; porque si el agradecimiento atrae nuevos beneficios, yo espero que el ilustrísimo Sr. Claret, tomándome de su parte y protegiéndome siempre, me alcanzará gracias particulares y me concederá